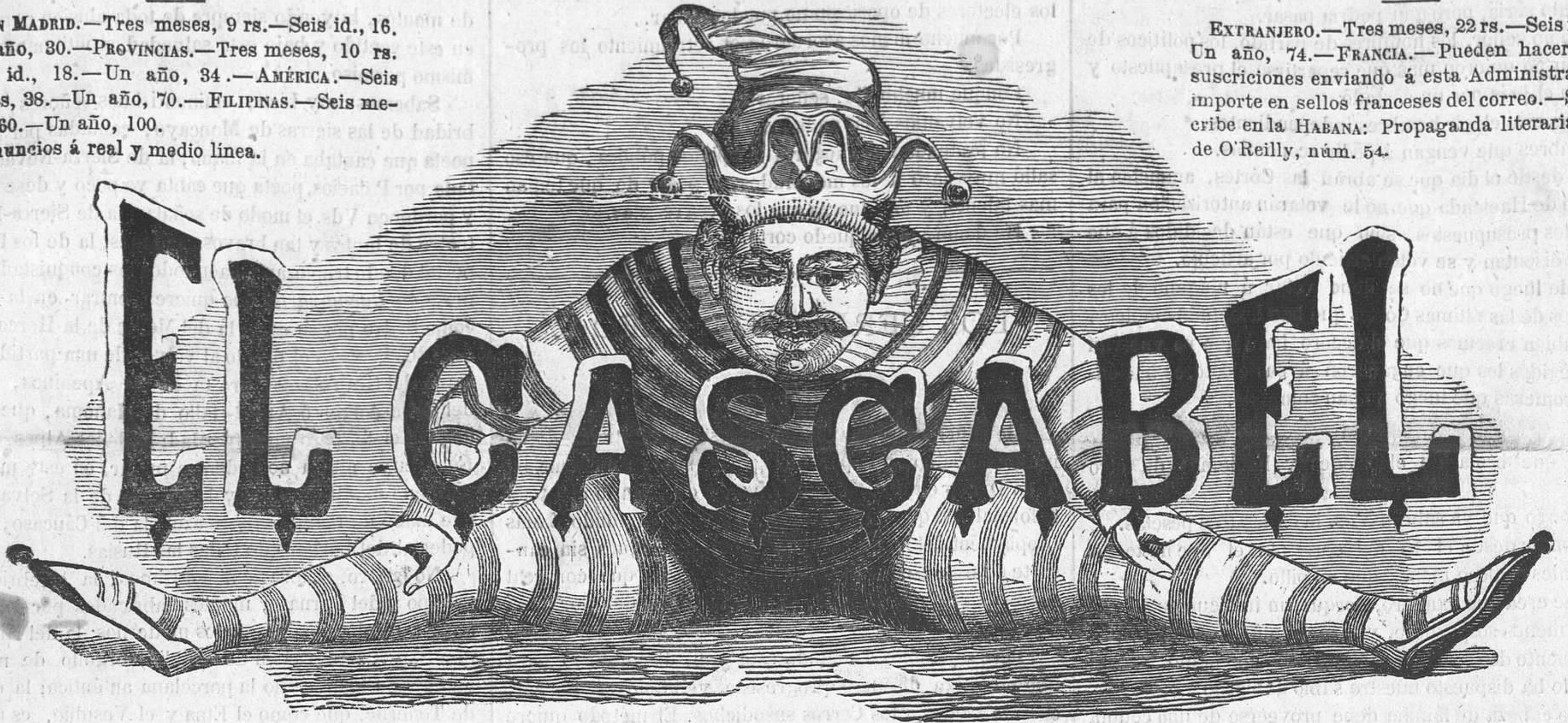


PRECIOS

EN MADRID.—Tres meses, 9 rs.—Seis id., 16.
 Un año, 30.—PROVINCIAS.—Tres meses, 10 rs.
 Seis id., 18.—Un año, 34.—AMÉRICA.—Seis
 meses, 38.—Un año, 70.—FILIPINAS.—Seis me-
 ses, 60.—Un año, 100.
 Anuncios á real y medio linea.

PRECIOS

EXTRANJERO.—Tres meses, 22 rs.—Seis id., 38.
 Un año, 74.—FRANCIA.—Pueden hacerse las
 suscripciones enviando á esta Administracion el
 importe en sellos franceses del correo.—Se sus-
 cribe en la HABANA: Propaganda literaria, calle
 de O'Reilly, núm. 54.



NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.—DIRECCION Y ADMINISTRACION: Plaza de Celenque, número 1, esquina á la del Arenal.—NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

COSAS DEL DIA

La época de las elecciones se acerca.
 Conque á ver cómo nos portamos, ciudadanos es-
 pañoles.
 No vengán luego los periódicos ministeriales dicién-
 dos que la nacion adora al gobierno y que el país está
 enamorado de los cimbro-progresistas que nos gobiernan.
 Y lo peor del caso será que los periódicos ministeriales
 casi tendrán razon para decirnoslo, si el gobierno saca
 mayoría.
 Es preciso impedir que la saque.
 Y esto depende del cuerpo electoral.

Ya sabemos que habrá coacciones.
 Estamos seguros de que no faltarán violencias.
 De fijo sobrarán las trampas y los amaños.
 Y hasta puede que se pierda algun palo, como última-
 mente ha sucedido.
 Pero nada de esto es bastante á contrarrestar la vo-
 luntad del país, cuando este se halla firmemente deci-
 dido.
 Hay dos armas mas poderosas que todos los gobiernos
 del mundo.
 La calma y la legalidad.
 Nada de retrainimiento, nada de apatia.
 El que no tenga cédula electoral que la reclame.
 El que vea que no se la quieren dar que acuda á los
 tribunales.

En cuanto encausen por estos motivos á tres ó cuatro
 gobernadores y unos cuantos alcaldes, todos los demás
 andarán con cuidado.
 Lo mismo debe hacerse en todos los asuntos relativos
 á las elecciones.
 Y si cada cual cumple con su deber la derrota del go-
 bierno es segura.
 Hay que tener tambien mucho tino en la eleccion de
 candidatos.
 Creemos que el país ya estará desengañado de los
 hombres de partido.
 Estos no pueden traer mas que calamidades.
 No hay atrocidad que no voten por tal de que no caiga
 este ó el otro ministro.

— 4 —

Entonces, si que se hubiera podido decir con razon:
 «París, ciudad de ruido, de lodo y de humo.»

Las calles no estaban alumbradas; es verdad que se llevaban linternas,
 pero todo el mundo no la tenia, y estas linternas no arredaban á los la-
 drones, que los habia en bastante número, los cuales cometian mil excesos aun
 en mitad del dia, alentados y autorizados por el ejemplo de los pajes y la-
 cayos, que todas las noches se entretenian en insultar á los transeuntes, ro-
 bar á las jóvenes, burlarse de todo el mundo, cansar á las rondas, romper
 las puertas de las tiendas y vejear de mil maneras á los pacíficos habitantes,
 excesos contra los cuales, daba sin cesar el Parlamento infinidad de orde-
 nanzas, que eran sin cesar renovadas y sin cesar tambien violadas impu-
 nemente.

Quitar las bolsas y robar las capas, era entonces una cosa tan general,
 que los testigos del robo se contentaban con reir á espensas del robado, sin
 que ninguno corriera detrás del ladrón. Los asesinatos se cometian á la luz
 del dia en las calles y en las plazas, y los criminales se alejaban insultando
 todavia á sus victimas.

Entonces se conocian dos especies de ladrones: los *coupe-bourses* y los
tire-laines. Los primeros se dedicaban á cortar con la mayor destreza los
 cordones de las bolsas, que entonces se llevaban pendientes de la cintura, y
 los segundos á arrancar bruscamente las capas de los hombros de los tran-
 seuntes.

En vano se ejecutaba de cuando en cuando á algunos criminales, pues
 aquellos ejemplos parecian redoblar la audacia de los vagamundos y la in-
 solencia de los pajes y lacayos.

La justicia llegaba á quedar sin fuerza, desde el momento en que cada
 uno se la hacia por su mano. Los duelos eran casi tan comunes como los
 robos, y se tenia por un gran honor el haber enviado mucha gente al otro
 mundo, lo cual sucede ahora tambien por desgracia.

Es verdad que aquella no era la edad de oro, pero tampoco podian ser
 aquellos *antiguos y buenos tiempos*, tan ponderados por algunos poetas y
 envidiados por algunos espíritus tristes, admiradores del tontillo y del guar-
 da infante.

No tenemos la pretension de escribir la historia, pero hemos creido necesa-
 rio recordar al lector lo que era París en la época en que existia nuestro
 barbero. De seguro que el lector habrá ya comprendido al leer el título que

OBRAS DE PAUL DE KOCK.

EL BARBERO DE PARIS

VERSION ESPAÑOLA

ESCRUPULOSAMENTE REVISADA.

MADRID
 IMPRENTA DE EL CASCABEL.
 1871.

Y si al fin esto lo hicieran en obsequio de sus principios, malo sería, pero aun podría pasar.

Pero no señor, los hombres de partido, los políticos de profesion no quieren mas que repartirse el presupuesto y comerse el país por un costado.

Es preciso elegir hombres independientes.

Hombres que vengan á pedir economías.

Que desde el día que se abran las Córtes, anuncien al ministro de Hacienda que no le votarán autorización para cobrar los presupuestos, sino que están decididos á que estos se discutan y se voten artículo por artículo.

Desde luego que no se debe votar á ninguno de los diputados de las últimas Córtes que han aceptado empleos.

Tambien creemos que el decoro hará que no vuelvan á ser elegidos los que engañaron á sus electores haciendo promesas que luego no han cumplido.

Con que basta de elecciones y hablemos de otro asunto.

Supongo que ya sabrán Vds. lo de las tres pesetas.

A contar desde el 15 del corriente el que no tenga doce reales es poco menos que un pillito.

No se crea que exagero, porque un indocumentado es cuando menos sospechoso, y todo el que no pueda disponer de ciento dos cuartos, será un indocumentado.

Así lo ha dispuesto nuestro sábio gobierno.

Todo cabeza de familia debe proveerse de una cédula de vecindad que le costará tres pesetas.

¡Cuando digo que estos progresistas no saben qué hacer para sacar dinero!

Ellos gobiernan mal pero en cambio cuestan muy caro.

Verdad es que no tienen ellos la culpa.

La culpa la tenemos los tontos que los criamos.

Y ahora caigo en que esta puede muy bien ser una maniobra electoral.

Veamos.

Se manda renovar las cédulas electorales.

El alcalde cuida de no enviar las suyas á los electores independientes.

Las reclaman estos, pero ó tienen que empadronarse, en cuyo caso han de soltar las tres pesetas ó les niegan la cédula electoral por no estar empadronados.

En suma, como despues de dos años de gobierno pro-

gresista es imposible que haya quien tenga tres pesetas, los electores de oposicion no pueden votar.

Por mucho menos acordaron el retraimiento los progresistas.

Conque mucho ojo, señores.

No volvamos á las andadas.

No pretendamos ahogar á la opinion pública, que eso salió muy caro á los moderados, á pesar de que tenían mas talento, y mas fuerza que los progresistas.

He dicho, y me quedo corto.

LOS CERROS DE ÚBEDA.

I.

He aquí, lector suave, una cuestion oportuna, digámoslo así, ahora que por todas partes surgen eminencias. Y en Dios y en mi ánima que hemos de tratarlo con toda la formalidad que de suyo pide estudio tan profundo, ó mas propiamente elevado, si como espero me sigues sin cansarte en esta escursion histórico-geológica, que con real permiso, real por efectivo, vamos á emprender por toda la faz de la tierra.

Pero sujetemos á método este gran disparatorio para que no salga discurso progresista yéndonos á Fornos, cuando vamos á los Cerros susodichos. El método quiere que dividamos en dos partes esta especie de brindis, que á secas hago á la salud de cierta dama, hermosa, rumbosa, gloriosa y demás acabados en punta.

Dividamos pues.

1.^a parte. Celebridad de los *Cerros de Úbeda*.

2.^a parte (que es la más lastimosa). Situacion topográfica de los dichos y aun dichosos cerros.

II.

Y sin más preludios, ó arpegios, como diria un *diletante*, pobre cantor en castellano, entremos ya en materia con el permiso de marras.

¿Cuáles son, pregunto metódicamente, las eminencias mas célebres del mundo?

Diremos desde luego, para descartarnos de un estorbo, dejando así espedito, aunque no llano, un camino tan *abrupto*, que no es ninguno de los 191 de la fama, sin rebajar por eso en lo más mínimo la altura y aun alteza de estas eminencias, que altísimas y todo, no han llegado

aun á ser montes. Hablamos de montes y nada más que de montes, huyendo siempre de toda alusion personal. Y en este sentido y bajo esta salvedad, continuamos con el mismo permiso.

Sabemos muy bien, eminentísimos señores, la celebridad de las sierras de Moncayo, cantadas por Marcial, poeta que cantaba en la mano; la de Sierra-Nevada, cantada por Palacios, poeta que canta ya poco y desentonado, y perdonen Vds. el modo de señalar; la de Sierra-Morena, teatro de tantos y tan bravos capitanes; la de los Pirineos, portal donde tropiezan y caen todos los conquistadores (tómese en *Buena-parte*) que quieren entrar en la nuestra como Pedro por su casa; la del Monte de la Horca, donde dejó sus cuernos el diablo al volver de una partida de caza; la del Gran Sasso, cresta de los Apeninos, como la del Gallo-Angel ó Angel-Gallo de Mahoma, que diz que llega al cielo, pero no es verdad; la de los Alpes, *corpo di Baco*, cuya altura no podemos medir en este momento, pero que mediremos muy luego; la de la Selva Negra, que manó un tiempo sangre azul; la del Cáucaso, gigante pedestal del bárbaro de todas las Rusias.

No ignoro, señores eminentísimos, la celebridad del Olimpo y del Parnaso, montes fabricados por los poetas antiguos y derribados por los modernos; la del Himalaya, que es una sublevacion de orgullo, orgullo de monte y monte de China como la porcelana auténtica; la del Pico de Tenerife, que como el Etna y el Vesubio, es una chimenea del honrado hogar doméstico de Satanás; la del Atlas, que despues de ser tan alto, estriba en las espaldas de un hombre casi tan grande como Izquierdo; la de los Andes, que es un monte de plata; la de los Californios, que son montes de oro; la del Tumucucuraque, que es un monte de orégano, etc., etc.

Pero ninguna de estas eminencias (sin atrasar á nadie) se alza sobre el nivel de los celeberrimos *Cerros de Úbeda* en el terreno histórico, científico, filosófico, moral y hasta político, que de todo esto tiene la viña del Señor.

Prueba al canto, Eminentísimos señores.

Desde la cuna del tiempo vienen figurando en la historia de la humanidad los susodichos *Cerros de Úbeda*, como que por ellos se fueron y conquistaron en ellos su celebridad los mas famosos personajes.

Y para que no se crea que hablamos aquí á humo de paja, como Vds. Eminentísimos señores, pudieran suponer, vamos respetuosamente á darles con el texto en las narices.

EL BARBERO DE PARÍS

POR

PAUL DE KOCK.

CAPITULO PRIMERO.

La Casa del Barbero.

En una noche del mes de diciembre de 1632, un hombre como de unos cuarenta años, de alta estatura, de bastante buena figura, aunque con aspecto sombrío y feróz, y dando algunas veces á sus ojos negros la expresion de la ironía, á pesar de que la sonrisa se dibujaba casi imperceptiblemente sobre sus labios pálidos y delgados, seguia á grandes pasos la calle de Saint Honoré, y se dirigia hácia la de Bourdonnais, envuelto entre los pliegues de una capa oscura que bajaba hasta un poco mas abajo de la rodilla, y calado sobre las cejas un sombrero de anchas alas, sin pluma ni ningun otro adorno, pero el cual libraba su rostro de la lluvia que empezaba á caer con fuerza.

En aquella época, era París muy diferente de lo que es ahora, y la situacion de esta hermosa capital, era entonces bastante deplorable: las calles unas estaban á medio empedrar, y otras carecian completamente de empedrado; una infinidad de montones de escombros é inmundicias se encontraba aquí y allá delante de las puertas de las casas, impidiendo el paso, obstruyendo el curso de las aguas, y cubriendo la abertura de los vertederos, de modo que las aguas se quedaban allí estancadas, formando inmensas cloacas, de las cuales se exhalaban sin cesar miasmas fétidos y perjudiciales.

Entremos en el paraíso, considerando el pájaro en el huevo, ó sea la historia en su origen.

En aquel tiempo solo existían un hombre y una mujer, bien que ya existieran muchos animales.

Y dice el texto:

Vidit igitur mulier quod bonum esset lignum ad vescendum, et comedit.

Esto es, traduciendo al aire libre: vió la mujer que la manzana era apetitosa y... se fué por los Cerros de Úbeda.

La cita es inconcusa; pero aun hemos de añadir otra igualmente autorizada para que no se crea que se remienda aquí de viejo:

Deditque viro suo, qui comedit. Y el hombre se fué por donde la mujer, es decir por los mismísimos Cerros.

Pues salgamos del paraíso y entremos en el diluvio para inundar, digámoslo así, la prueba.

¿Por qué salió de madre, y aun de padre y muy señor mío aquel manso arroyo?

Hé aquí en contestación un testamento concluyente:

Videns autem Deus quod multa malitia hominum esset in terra... Y viendo el Señor que todos los hombres se iban por los Cerros de Úbeda, abrió las cataratas del cielo, etc.

Vino, pues, el diluvio. Pero ¿destruyó los Cerros? De ninguna manera, puesto que conservan su íntegra personalidad hablando técnicamente.

¿Interrumpió siquiera su celebridad?

Tampoco.

Et plantavit vineam (suple Noé). *Ribensque vinum ebriatus est.*

Y Noé plantó una viña, y bebiendo más de lo conveniente... se fué por los Cerros de Úbeda.

Este solo hecho, Eminentísimos señores, bastaría para probar la celebridad postdiluviana de nuestros Cerros; pero siendo tan copiosos en la sucesión de los tiempos, dejaríamos un reparable vacío en este concienzudo examen crítico, si no enumeramos las de más bulto siquiera.

Sigamos, pues, diluvio abajo, cogiendo en ambas márgenes tan preciosas flores.

¿Por dónde, sino por los Cerros de Úbeda, se fueron los fabricantes ó fabricantes de aquella famosa coalición cimbro-progresista, llamada Torre de Babel?

Pues por el mismísimo camino se fueron sucesivamente los Faraones, y los Sardanápulos, y los Dracones, y los Alejandro, y los Aníbal, y los Césares, y los Carlomagnos, y los Napoleones máximos y mínimos, sin contar las gentes de menor cuantía que los acompañaron.

Y concretándonos á nuestra propia historia, como más conocida, desde D. Julian que nos trajo á los moros, hasta Godoy que nos trajo á los franceses, hasta doña Isabel que nos trajo á doña Gloriosa y hasta esta señora que nos trajo á los trífucos progresistas, (poniéndoles en cuenta la boca radical y la unionista conversa) ¿no hay una abundante galería de viajeros ilustres que se fueron por los famosos Cerros?

Y ¿por dónde diablos, ó sean Cerros, se fueron al fin los 191 de la fama?

Conteste el que sepa, que no lo hemos de decir todo nosotros.

Otra pregunta y concluimos, redondeando la prueba.

¿Por dónde se vá á la Tertulia progresista?

Per me si va nella città dolente... dicen á voces los Cerros de Úbeda.

Queda, pues, demostrada con plenitud de prueba la primera parte de esta disertación filosófica á saber: que los Cerros de Úbeda son los más célebres del mundo, sin atrasar á nadie por supuesto, que ya hemos hecho y seguiremos haciendo justicia á las demás eminencias.

Viene ahora la parte más lastimosa.

III.

La situación topográfica de los Cerros de Úbeda es el punto más árduo de esta gran cuestión, cuestión elevadísima como ya se ha visto.

¿Dónde están, pues, los Cerros de Úbeda?

En Úbeda, contestará simplemente un progresista.

Pues está Vd. muy equivocado, Sr. D. Mamerto (suponiendo que sea éste su nombre). Aquí se ha de contestar con más filosofía, con toda la circunspección y prudencia que exige cuestión tan elevada.

Hemos visto, eminentísimos señores, que en todas las latitudes del globo, desde la viña de Noé hasta el campo de Alcolea, desde Babel hasta el Congreso, desde el Areópago hasta la Tertulia (q. D. g.), todos los que se iban por los Cerros de Úbeda se iban tan fácil y prestamente como si para cada transeunte (ó *transuante*, como diría *La Iberia*,) los tuviera ahí detrás de la puerta. Y

esta difícil facilidad nos dejaría fuera de combate, es decir, nos pondría en el sensible caso de dejar para otro crítico más competente la enrevesada solución de tan abstruso problema, á no haber llegado á nuestra noticia el último y feliz descubrimiento de unos ilustres y célebres viajeros, á quienes debe la ciencia todos sus aplausos, la historia todas sus hojas, y España todas sus flores y aun florones.

En efecto, es ya un hecho que estos viajeros ilustres, después de haber pernoctado en *Fornos*, islote del Mediterráneo, amanecido en *Puntos-Negros*, archipiélago del Maremagnum y comido en *Pres*, un puesto muy delicioso, dieron con los dichos Cerros, no sin grandes fatigas y contratiempos.

Fuéronse, pues, por ellos (suple *Cerros de Úbeda*) hasta trepar á su elevadísima cumbre, en cuya meseta y en celebridad de tan feliz hallazgo, tuvieron el gusto de celebrar un almuerzo, aunque iban bien comidos, brindando á la salud de la patria, tierra querida, que en tan lejana expedición habían dejado á la espalda.

Y luego de haber almorzado, (aunque ya habían comido) brindado y aplaudido con todo el entusiasmo digno de la causa, los ilustres viajeros asieron de sus instrumentos y midiendo la latitud con repetidas y escrupulosas observaciones, añadieron á la ciencia este por demás precioso dato:

«*Cerros de Úbeda*, donde tenemos el gusto de estar. Eminencias muy accesibles del País de las Monas, que linda al N. con la Suiza, al S. con Francia, al E. con el Montepío ó Piamonte y al O. con Francia bis.»

NOTA. *Bis* quiere decir otra vez, aunque no es término propio de la ciencia. En el arte de la música significa *da capo*, es decir, que se repita. Si les ha gustado á Vds. la función, repítase para Vds. que yo me voy.

Hé dicho.

LA PÍCARA SUERTE

No hay en toda la descendencia de Adán un solo individuo, ya sea hombre ó mujer, que se halle persuadido de que ha nacido con buena suerte, ó como se dice vulgarmente, con buena estrella. Por el contrario, todos y cada uno de nosotros estamos en la firme creencia de que hemos nacido con una suerte endiablada y mala de remate.

No bien por torpeza propia, por imprevisión ó de resultas de alguna necesidad en que hemos incurrido nos sobreviene el más pequeño infortunio ó nos asalta la menor contrariedad nos enfadamos con nuestra fortuna y decimos muy serios y como cargados de razón. ¡Si no hay suerte como la mía!... ¡Si á mí todo me ha de salir mal!

Es muy cómodo en efecto cargar toda la culpabilidad de nuestros desaciertos y necesidades sobre la pobre fortuna, que es el editor responsable de todos nuestros descuidos y simplezas.

Para disculparlos todos y aparecer á nuestros propios ojos como inocentes y exentos de toda responsabilidad en los males que nosotros mismos nos buscamos, hemos creado, pues, ese ser imaginario, mal intencionado y avieso, al que hemos bautizado con el nombre de la *pícaro suerte*.

La pícaro suerte es el obligado compañero que sigue los pasos de todos los hombres, que no los deja á sol ni á sombra, que se divierte en hacer fracasar cuantos planes les salen mal; es un bicho en fin, con una intención de hiena, que se goza en trastornar todos los proyectos que habíamos edificado en falso.

Si el proyecto ó la empresa en que nos hemos metido sale á medida de nuestro deseo y conseguimos lo que nos habíamos propuesto, entonces nos mostramos orgullosos y satisfechos de nuestra penetración, y atribuimos el buen resultado á nuestro gran talento, á nuestra sabia previsión, á nuestros hábiles trabajos: no hay hombre que cuando un negocio le sale bien, se crea obligado á agradecerse á su buena fortuna, nada de eso.

Pero si el negocio sale mal y se convierte en agua de borrajas, entonces... ¡ah! entonces nos encaramos con la pícaro suerte y la apostrofamos con dureza y le regalamos todos aquellos epítetos más injuriosos que se nos vienen á la boca, y quedamos muy convencidos de que la mala fortuna ha tenido la culpa de que el negocio se tuerza.

Y es claro, como la pícaro suerte es muda, ó tiene tal cinismo que en su alma no hacen mella los más graves improperios, nunca nos contesta, ni se defiende, ni se dis-

culpa, de forma que la declaramos confesa y convicta de todas las travesuras que se nos antoja achacarle; por ende quedamos tan convencidos de que ella fué la única causa de que nuestras esperanzas hayan sido defraudadas, que si conforme no tiene cuerpo lo tuviera, la hartaríamos de mojicones y la dejaríamos tal que no hubiera por donde agarrarla.

Debe de haberse acostumbrado ya á nuestra injusticia y á nuestras necesidades, porque sino pasaría malísimos ratos oyéndonos disparatar.

Véase sino un ejemplo.

Son muchísimos los que juegan á la lotería, porque les parece más cómodo que veinte ó treinta mil duros se les entren por la ventana como llovidos del cielo y sin necesidad de hacer otra cosa que comprar un billete, que no el procurárselos á fuerza de fatigas, de tiempo y de economía. Y claro está, como entre tantos miles de aficionados á enriquecerse sin trabajo, uno solo ha de ser el agraciado á quien se adjudique la respetable suma que entre todos depositaron, los demás se quedan *in albis* y cada uno de ellos al ver en la lista grande que su número no ha sido el agraciado, carga sobre la pícaro suerte y esclama despechado.

—¡Cá!... sino estaba la suerte guardada para mí.

—Si yo soy muy desgraciado, dice otro.

—Tontería que yo juegue, si nada he tenido que agradecerle á la pícaro suerte. Y poco más ó menos todos se expresan de la misma manera á escepción de uno, aquel á quien ha tocado el premio, y que frotándose las manos esclama.

—¡Qué talento el mío!... En cuanto ví el número del billete me dijo el corazón que debía quedarme con él, que aquel sería el agraciado. ¿Ves, mujer? le dice á su esposa si la tiene. ¿Ves cómo tenía yo razón en jugar á la lotería? ¿No te decía yo que para encontrar la suerte hay que buscarla? Si parecía que un ángel me lo decía al oído... ¡Valiente bruto habría sido si me hubiera guiado de tus consejos y hubiese dejado de jugar!... ¡Si sabré yo lo que hago!

Y mi hombre se queda tan persuadido de que el mismo Salomón con toda su sabiduría no hubiera acertado á jugar con tanta oportunidad como él.

Veán Vds. aquel otro infeliz. Tenía un capitalito de unos quince mil duros, que bien manejado le hubiera producido lo suficiente para vivir con comodidad y sostener decorosamente á su familia. Un día al pasar por la calle le pusieron en la mano el prospecto de «*La Esplotadora maravillosa*» sociedad de crédito fundada con quinientos millones de capital, la cual por una combinación tan sabiamente ideada se proponía dar giro á los capitales que se depositaran en sus arcas, que los imponentes ó accionistas que tuvieran la suerte de dejar á los fundadores de ella el cuidado de administrar sus intereses, podían contar de seguro con un quince por ciento de utilidad anual, lo cual se demostraba en el prospecto con sumas y restas de una manera más clara que la luz del sol. Y esto por el pronto, que más adelante ó la ciencia aritmética es una farsa ó las acciones de «*La Esplotadora maravillosa*» tenían necesariamente que doblar su valor. El que quisiera aprovechar la ganga no debía descuidarse, porque la sociedad para manejar desahogadamente sus capitales había resuelto irrevocablemente no admitir sino hasta mil millones, ni un céntimo más, y de tal manera se solicitaban las acciones que probablemente en pocos días se cubriría con exceso el tipo del capital social. Mi hombre no quiso hacerse el bobo ya que la ocasión se le venía á las manos, y á toda prisa reunió todos sus fondos y llevó sus quince mil duros á «*La Esplotadora maravillosa*» en la seguridad de que sin quebrarse la cabeza en idear negocios ni en arriesgar capital y trabajo, al cabo de un año sería dueño de treinta mil pesos fuertes.

Y efectivamente «*La Esplotadora maravillosa*» se dió tan buena maña y explotó á sus imponentes de tal manera, que por arte de maravilla á los seis meses se declaró en quiebra, y mi hombre, el de los quince mil duros, se dió por muy contento con vender sus ricas acciones al ocho por ciento, y gracias.

—¿Habrás visto suerte como la mía? decía desesperado— con cuatro cuartos de capital ha habido hombres que se han hecho millonarios metiéndose en sociedades de crédito, y mi suerte pícaro ha hecho que en cuatro días quede yo pelado y á pan pedir por meterme en esos enjuages... ¡Si tengo yo mala estrella!

Y pregunto yo ahora ¿qué culpa tiene la pícaro suerte de que ese hombre haya sido tan memo que se llegase á creer que los fundadores de la Esplotadora maravillosa iban á estar día y noche devanándose los sesos para proporcionarle sendas utilidades de un quince ó veinte por

ciento, mientras él se estaba muy descansado en su casa tumbado en una butaca? Claro está, aquellos hombres de talento hicieron su negocio á las mil maravillas ¿pues no le habian de hacer? Pero el negocio de los crédulos accionistas ¿por qué no lo hicieron ellos por sí mismos?

Muchísimos ejemplos podria poner á Vds. para probarles que la pícara suerte no es mas que la pícara torpeza, y la pícara holgazanería, y la pícara simpleza que nos conduce á cometer mil desatinos; pero seria cuento de nunca acabar; además de que estoy convencido de que todos Vds. despues de leer este artículo han de decir.— «Si, en todo esto que dice tiene razon, y por regla general todos los hombres son unos zopencos. Hay sin embargo algunos, muy pocos, que verdaderamente tienen desgracia, como yo por ejemplo...»

Vaya, caballeros, cuanto yo pueda decir sobre el particular conozco que será predicar en desierto. No habrá quien pueda sacarles á Vds. de la cabeza la idea de que los males que les sobrevienen son obra exclusiva de la pícara suerte.

CASCABELES

Hemos recibido dos nuevos opúsculos importantes; uno es un estudio filosófico político titulado *De la libertad en España*, brillantemente escrito por D. Juan García Nieto, y el otro trata *De la organizacion de la enseñanza en general*, y está escrito con gran erudicion por el catedrático de la facultad de medicina D. Santiago Gonzalez Encina.

Damos las gracias por su estimable obsequio á ambos autores.

¿Hablaban Vds. de puntos negros?

Pues ahí van esos que descubre un periódico:

«Se nos asegura que no parecen, por mas que se buscan, los objetos siguientes:

Ciertos cuadros muy notables que se encontraban en las habitaciones particulares de doña Isabel de Borbon.

Una vajilla, y un estuche de cien cubiertos.

Y otra vajilla que fué á San Sebastian para servir en el banquete con que se quiso obsequiar al emperador Napoleón.»

Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.

Pero hombre, ¿cuándo se crea la nueva nobleza y grandeza cubierta de España?

Tenemos muchos deseos de esa mejora, á ver si nos divertimos un poco, porque esto está lo mas aburrido...

Nada menos que á 10 millones hace subir *El Imparcial* el importe de los perjuicios que se han irrogado al estado con la venta de terrenos y cortas de árboles en San Ildefonso.

Pues señor, es una ganguita el gobierno de los progresistas.

El cocinero que sirvió las comidas y almuerzos en Aranjuez, y luego las de Palacio, hasta el 8 de Enero, parece que todavía no ha cobrado su cuenta.

Vamos á ver si se cumple con el citado cocinero, que ya no sabe á quien acudir para que se le pague.

Advertimos que por este suelto no nos ha dado ni siquiera una chuleta, y sin ser nosotros de los que comen en esta situacion, nos interesamos por el buen nombre de los que comen y queremos que cumplan lo que deben.

Y no decimos mas, pero más podremos decir.

Por el ministerio de Estado se han concedido varias encomiendas ordinarias de Isabel la Católica y dos cruces de Carlos III, á los ayudantes del visir de Constantinopla y á otros funcionarios del ministerio de Negocios extranjeros de dicha nacion.

¿Anda! ¡anda! ¿qué favor nos habrán hecho los ayudantes del visir de Constantinopla?...

¿Y nada menos que la encomienda de Isabel la Católica les envían?...

¿Vds. han visto alguna vez afan mas ridiculo de condecorar á todo el género humano?

Parece que se teme que pronto empiece la guerra de Oriente.

Pues señor, estamos en un siglo muy bonito. El será muy ilustrado y civilizado, pero no lo parece.

Los periodistas republicanos presos en el Saladero relectan un periódico que se titula *La honra nacional*.

Si continua *la sistema liberal*, todas las redacciones de los de oposicion se trasladarán allí.

Hemos recibido los números del 15 de *La Ilustracion de Madrid* y de *La Ilustracion española y americana*. Ambos contienen muchas láminas de actualidad y escogidos originales.

De la primera edicion del *Quijote* solo quedan dos ejemplares, que son propiedad de la Academia Española y de la Biblioteca Nacional. Esa joya preciosa de la literatura se hallará pronto á disposicion del público por medio de una reproduccion fiel que ha emprendido el coronel Don Francisco Lopez Fabra. Esa empresa, que ha sido calificada de laudable y generosa, pero difícil y arriesgada, se halla patrocinada por una *Asociacion propagadora de la primera edicion del Quijote, reproducida por medio de la fotografia y de la imprenta*, de la cual han aceptado la presidencia el excelentísimo Sr. Don Juan Eugenio Harzenbusch y la secretaria el Sr. D. Carlos Frontaura.

Esa edicion admirable colmará de satisfaccion á los amantes de la literatura española, y hará honor, entre los extranjeros á la nacion en que se realiza.

Creemos que todas las personas ilustradas, las corporaciones científicas y literarias, las Universidades, Bibliotecas, Institutos y Ayuntamientos prestarán su eficaz cooperacion para que pueda llevarse á cabo esta costosísima obra que será un monumento en honor del inmortal autor del *Quijote*.

Pronto se repartirán los prospectos y se abrirá la suscripcion.

La edicion no podrá ser muy barata, por los inmensos gastos que necesita, pero estará por la forma en que se hará el pago paulatinamente, al alcance de todas las personas de mediana posicion.

Primorosísimamente canta el *Barbero* la señora Ortolañi, y el público la aplaude con entusiasmo. Tamberlik tambien hace primores, pero cuando el público le pide una cancioncita española, podía complacerle. Digo, me parece á mí que en ello no perderia nada.

En el tiempo que ha invertido el señor Ayala escribiendo en colaboracion con el señor de Martos, el manifiesto gubernamental, podia haber escrito una comedia buena, sin la colaboracion del otro, por supuesto, y habria ganado en ello y el país tambien.

SOLUCION DE LA CHARADITA DEL NÚMERO ANTERIOR.

La madre de mi marido,
de mi suegra es de quien hablo,
al todo de tu charada
se parece; es un galápago.

Una casada cansada.

CHARADITA

La segunda y la primera es causa de muchos males y hace la segunda y cuarta de algunos muy miserable, y en segunda, tertia y prima convierte á aquel que olvidándose de su dignidad, se entrega al vicio; gusta bastante el que hace la cuarta siempre, mas poniendo prima antes ya no gusta; la segunda de la tertia inseparable, es Madrid, corte famosa, y Dios poderoso y grande nos dá la segunda y cuarta con bondad inagotable; el todo es una funcion propia de chicos y grandes donde se ven por supuesto bastantes barbaridades.

ANUNCIOS

LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado dos tomos, y se está publicando el 3.^o En los dos tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Salen 3 números al mes, impresos en magnifico papel, con profusion de bellos grabados.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

A todo el que se suscriba, se le regalará el **ALMANAQUE DE LOS NIÑOS para 1871.**

Administracion en Madrid, Plaza de Celenque 1, Librería. Las suscripciones de provincia pueden dirigirse con su importe en libranza ó sellos á D. C. Frontaura, Huertas 40, principal.

PARA EL CARNAVAL.

Gran surtido de ojaldres con rellenos de crema, conserva y cabello de ánge desde un real en adelante, Cava Baja, núm. 3. Antigua hosteria y pastelería de S. Antonio.

NO MAS TISIS.



PASTILLAS DE BELMET

CONTRA LA TISIS Y TODA CLASE DE TÓSES.

Dos años acaba de cumplir en que una dichosa casualidad nos hizo adquirir la benéfica planta descubierta en una de las montañas del Pirineo por un pastor del rico propietario Sr. Belmet, quien en un grado incipiente de tisis, cansado de sufrir quiso suicidarse con una planta que conocia nociva para el ganado, y que vino á ser su salvacion. Planta que aplicada luego empiricamente por el Sr. Belmet, produjo inmensos bienes á sus convecinos en las afecciones del pecho. Planta que sujeta luego por nosotros á los ensayos de la ciencia, nos ha proporcionado un producto que en forma de pastilla hace dos años venimos sirviendo á un crecidísimo número de enfermos en toda clase de enfermedades del pecho, habiendo obtenido los mas felices y pronto resultados, y que podemos comprobar con cien y cien cartas, suscritas por farmacéuticos, médicos y enfermos, muchas de las cuales publicamos en la actualidad en *EL CONCRETO UNIVERSAL*, limitándonos aquí á manifestar la que recientemente se nos remite por el Sr. Ferrer, á cuyo señor y apreciable familia no tenemos el honor de conocer.

El Pardo 12 de Junio de 1870.

Señor mio: para que pueda Vd. añadir al número de los benéficos, admirables y casi milagrosos resultados de sus *Pastillas de Belmet*, le diré: Que despues de dos años de padecimientos de un *catarro pulmonal crónico* por mi hija Adelaida, joven de 20 años, desesperanzado ya de su curacion, segun la opinion de seis distintos profesores de medicina, entre ellos algunos bien conocidos en esa corte, recurri á las *Pastillas de Belmet*, mas bien como prueba que por confianza, que no tenia. Mi sorpresa, la de toda mi familia y amigos, fué tan agradable, que rápidamente los efectos obtenidos con la primera caja, repitiendo hasta la tercera; y hoy la enferma, con admiracion general, esta robusta, ágil, con apetito y en perfecta salud, y de la cual antes crecia absolutamente. Todos en esta casa damos gracias á Dios por habernos proporcionado tan eficaz remedio, y no ceso de propagarlo entre mis relaciones, para que cuántos se hallen en el caso de mi hija obtengan los resultados tan rápidos como benéficos que nosotros hemos conseguido, quedando Vd. autorizado para hacer de esta carta el uso que tenga por conveniente, puesto que este caso es notorio entre todas las personas principales y médicos de esta poblacion. Interin llega el día de que pueda darle las gracias personalmente, recibalas de toda mi agradecida familia, y de su afectísimo seguro servidor,—Tomás Ferrer y Alegre, interventor jubilado del patrimonio en el Pardo.»

A la carta anterior hemos creído conveniente, en bien de la humanidad y en apoyo del crédito general que hoy disfrutan ya las pastillas de Belmet, publicar, autorizados para ello, las dos cartas que acabamos de recibir, una de ellas suscrita por D. Antonio Durán, á cuyo señor no tenemos el honor de conocer, incluyendo otra carta de su señora hija, vecina de Sevilla, sobre cuyo contenido nada nos permite decir la modestia que nos caracteriza, ni nuestra honrosa posicion como profesores.

«Aguilar de Córdoba (fonda de Carretero) 7 de enero de 1871.

Señor mio: Adjunta remito á Vd. una carta que me manda mi hija Ana cuando escribia esta, dándole las gracias, aunque no tengo el honor de conocerle. El feliz resultado obtenido es admirable pues se ha puesto buena con las pastillas de Belmet. Diez mi hija hace dos años que está ética de la garganta; no dormia de noche, y pasaba ésta sentada en la cama con una toa que le devoraba; se quedó sorda, y echaba por las arietas pedazos como de pellejo; desahuciada por varios médicos de Sevilla, y todos á los veinte ó treinta días de visitarla se retiraban diciendo que se moria. En este estado, fui á Madrid á mis negocios, y el 20 de agosto tomé en la calle del Pez, núm. 9, seis cajas, comencé á tomarlas mi hija y dió por resultado que á los treinta dias desapareció la toa, se le quitó la sordera y se puso muy aliviada y tuvo mucho apetito; de modo que con las seis cajas que yo la compré y otras seis que se tomaron despues, mi hija está ya buena, gracias á Dios y á Vds.; y en prueba de ello le mandé á Vd. la carta que mi hija me escribe, la cual es casada, tiene 28 años y vive en la calle de Caraballo, núm. 3, en Sevilla; y deseo publiquen Vds. esta carta, pues son mu has las personas de Sevilla que compran sus pastillas al ver el feliz resultado de mi hija.

Dándole las gracias se ofrece S. S. Q. S. M. B.—Antonio Durán.»

«Sevilla 3 de enero de 1871.

Querido papá: Deseo siga bueno en union de mamá; yo sigo buena, gracias á las pastillas de Belmet, y cuando Vd. me vea no me va á conocer, tal es la mejoria que tengo, pues Vd. con traerme las pastillas de Belmet me ha dado la vida; ahora tomo dos cada día y quedaré del todo buena; yo le agradezco á usted me trajese estas pastillas, pues en seguida he hallado mi curacion, de la que los médicos no esperaban ya remedio conocido que no tomase, y me admiro de mi estado de salud y apetito que tantos meses hacia que nada queria comer. (Siguen aquí algunas particularidades de familia, que no es del caso insertar.)

Su hija que le quiere,—Ana Durán.»

Ahora, enfermos y profesores formen el juicio que gusten, limitándonos á dar las señas de los interesados, para los que gusten tomar mas datos sobre el particular.

Las *Pastillas de Belmet* se espandan en Madrid, en las farmacias de don Vicente Saiz y D. Félix Montero, calle del Pez, núm. 9, y Corredera alta núm. 3, los cuales se encargan de su remision á todas partes.

Precio de la caja: 50 rs.—En los pedidos de seis cajas en adelante se rebaja el 25 por 100.

NOTA.—Todas las cajas que no lleven las firmas Saiz y Montero y además la litografía del pastor que va al respaldo de cada caja, son falsas; lo cual ponemos en conocimiento de todos nuestros depositarios y enfermos que de ellas hagan uso.

DEPOSITARIOS.

Alicante, farmacia del Sr. Rodriguez Hernandez.—Almendralejo (Badajoz), drogueria del Sr. Gonzalez.—Almería, farmacia del Sr. Rivas.—Altea (Alicante), D. Juan Ripoll.—Avila, farmacia del Sr. Rodriguez.—Bilbao, farmacia del Sr. P. edo, Cruz.—Cadiz, farmacia del Sr. Martos, San Francisco, 25.—Córdoba, farmacia del Avilés.—Denia, farmacia del Sr. Comerma.—Gerona, D. J. Vila, farmacia de Sombola.—Granada, farmacia del Sr. Perez Rubio, puente del Carbon.—La Carolina (Jaen), farmacia del Sr. Padilla.—Las Palmas (Canarias), farmacias de los Sres. Lizana y hermanas Bernetas.—Logroño, farmacia del Sr. Zardoya.—Málaga, farmacia del Sr. Prolongo.—Madrid, farmacia de los Sres. Simon, Caballero de Gracia; Miguel, Arenal 2; Ulzurrun, Imperial, 1; Rodriguez Hernandez, Mayor, 29; Ferrer, Montero, 51; Borrel, Puerta del Sol; Moreno, Mayor, 93.—Oviedo, farmacia del Sr. Martinez.—Palencia, farmacia del Sr. Fuentes, Mayor, 114.—Pamplona, farmacia del Sr. Colmenares, Bolserias, 18.—Santa Coloma de Farnes (Gerona), farmacia del Sr. Gascara.—San Sebastian, farmacia del Sr. Usabiega.—Santiago, farmacia del Sr. Blanco Navarrete.—Sevilla, en Triana, farmacia del Sol. Sr. Delgado.—Talavera de la Reina (Toledo), farmacia del Sr. Lizana.—Torrijos (Toledo), farmacia del Sr. Melancon.—Valencia, farmacia del señor Fabia, San Vicente.—Valladolid, farmacia del Sr. Reguera.—Vega de Pas (Santander), farmacia del Sr. Pelayo.—Vigo, farmacia del Sr. Varela.—Victoria, farmacia del Sr. Arellano, Postas, 7.—Zaragoza, drogueria del Sr. Jordán, plaza del Mercado.

MADRID.—1871.—IMPRESA DE EL CASCABEL.